

JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

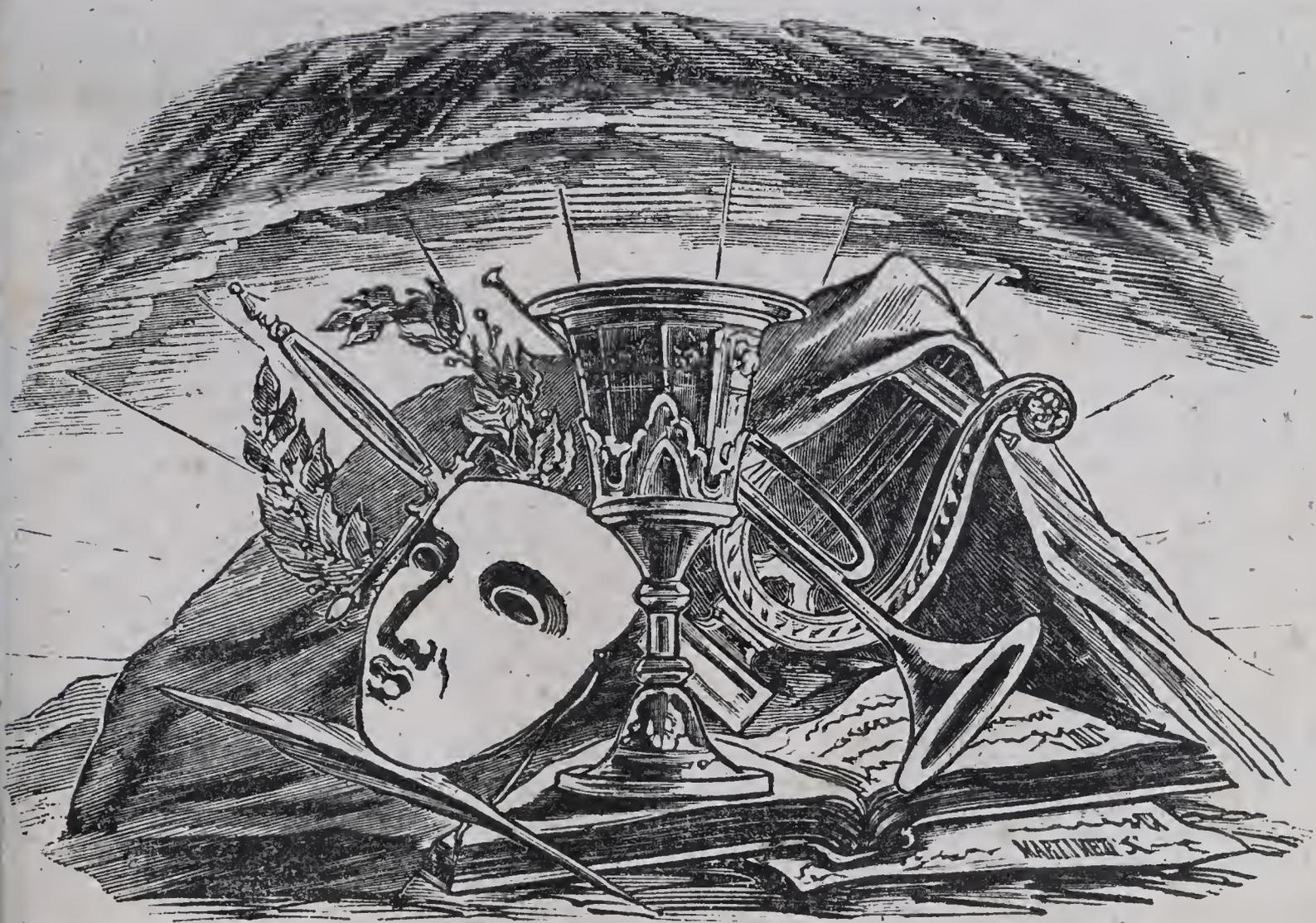
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

TEATRO PRINCIPAL.

QUEBRANTOS DE AMOR,

drama en tres actos y un prólogo.

4 reales en Barcelona.— 5 fuera.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernando VII, úm. 29.

1849.

QUEBRANTOS DE AMOR,

DRAMA EN TRES ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

arreglado al teatro español por D. Francisco Luis de Rêtes.

Personages.

VERTHER.
ALBERTO.
GOETHE.

EL MAYOR.
BRAND.
FRITZ.

CARLOTA.
ELENA.

La Sra. VOLF.
DOROTEA.

PRÓLOGO.

EL DESENLACE DE UNA NOVELA.

Un salon al estilo aleman ; Al fondo derecha una escalera. -- Puertas á la derecha , izquierda y fondo. -- En el primer termino derecha una mesa , izquierda otra mesa con una vasija de cristal donde hay un ramillete de azucenas marchitas. -- Un armario en el segundo término izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA VOLF, DOROTEA, CRIADOS.

VOLF. (*Á una criada.*) Gertrudis, llevad esas porcelenas. -- Vos, Jorge, esas botellas de vino del Rhin. -- Y vosotras esos manteles (*Las criadas sacan los manteles del armario y se los llevan.*) Vivito, vivito... que es tarde! van á llegar los convidados de mi sobrino Alberto y la mesa no está puesta todavía. -- Dorotea?

DOROTEA. Señora.

VOLF. Sabeis si está ya preparada mi sobrina Carlota?

DOROTEA. Está concluyendo su tocado, señora Volf.

VOLF. Y su primo?

DOROTEA. El señor Alberto ha salido.

VOLF. Por fuerza hay novedades. -- Hoy se ha levantado Alberto mas alegre que de costumbre, y cuando Carlota y yo le preguntamos la causa de su júbilo, nos respondió que nos lo diria cuando se hubieran reunido todos los condados. -- Pero á propósito, donde está su amigo el señor Verther?

DOROTEA. Esta mañana salió, y no ha vuelto.

VOLF. Qué jóven tan original! dos meses hace que está aquí y todavía no he podido acostumbrarme á sus caprichos. -- Cuando llegó estaba alegre, cariñoso; no hacia mas que hablar ó tocar el piano en compañía de Carlota, pero de repente se puso triste, silencioso y ahora apenas se le vé....

ESCENA II.

DICHOS, BRAND.

BRAND. (*Deteniéndose en la puerta.*) Vive aquí la señora Volf?

VOLF. Si señor; á quien tengo el honor...

BRAND. Soy Brand, librero de Francfort.

VOLF. (*Saludando.*) Ah! sois librero! es muy bella profesion--Tomad asiento--Venís sin duda á buscar á mi sobrino el doctor Alberto?

BRAND. No señora, sino á uno de sus amigos de universidad á Juan Goethe.

VOLF. Ah! sí, el jóven que está en el pabellon este del jardin... escritor creo.

BRAND. Si señora.

VOLF. Voy á disponer que le avisen.

DOROTEA. (*Que ha estado observando en la puerta de la derecha.*) Aquí viene.

VOLF. Entonces... os dejo con él — (*Saludando.*) Servidora vuestra.

BRAND. (*Id.*) Señora...

(*Vase la señora Volf con Dorotea por el fondo.*)

ESCENA III.

BRAND, GOETHE *por la derecha.*

GOETHE. Vos aquí, señor Brand?

BRAND. Si, tenia un asunto en Offenbach y no quise volver á Francfort sin hacer una visita al autor de Goetz de Berlichmgen.

GOETHE. Es mucho honor para mí...

BRAND. Quería felicitaros por vuestra obra — Magnífica concepcion! se han agotado tres ediciones en seis meses — Yo, aunque soy librero, siempre he tenido aficion á la literatura! Estas son las obras que debe proteger la Alemania, si quiere conseguir honra.

GOETHE. Y provecho para los editores.

BRAND. Ah! ya olvidaba hablaros de un asunto que á los dos nos interesa, de aquel manuscrito que tuvisteis la bondad de mandarme. (*Se le saca.*)

GOETHE. Le habeis leído?

BRAND. Sí, es muy lindo... tiene caracteres, buen estilo, interés, pero por desgracia no es mas que una novela.

GOETHE. Una novela traté de escribir solamente.

BRAND. Sin duda, pero la novela es un género facilísimo que el público tiene en poco! y además ahora la venta no es cosa... nuestro comercio está arruinado, completamente arruinado.

GOETHE. De modo que el señor Brand considera inoportuna la publicacion de mi Verther?

BRAND. No digo tanto; y ciertamente celebraría en extremo el entrar en tratos con el autor de Goetz de Berlichmgen; un libro del que se han hecho tres ediciones! pero he tenido pérdidas de consideracion y es preciso andar con piés de plomo.

GOETHE. Teneis razon, señor Brand.

BRAND. (*Vivamente.*) Ah! conqué os parece...

GOETHE. Ya habia yo pensado en eso... y en otras cosas.

BRAND. (*Con alegría.*) Es decir que nos entenderemos, y vuestra obra...

GOETHE. No se publicará (*Coge el manuscrito.*)

BRAND. Que decís?

GOETHE. No: temo un desaire que comprometa una reputacion que aun no está enteramente establecida.

BRAND. De ningun modo, al contrario, no puede menos de aumentarse...

GOETHE. Y además si he de decirlo todo, querido señor Brand, tengo otra razon.

BRAND. Apostaría á que otro editor os ha hecho proposiciones...

GOETHE. No: se trata de una razon de delicadeza.

BRAND. No entiendo.

GOETHE. Cuando abandoné á Francfort aceptando la proposicion de Alberto que me ofrecía un retiro en Offenbach, no tuve mas objeto que el de proseguir tranquilamente en medio de esta soledad los trabajos que tenia comenzados; pero en esta casa he encontrado motivos de estudio que me han separado de mi primera idea. — Bajo la calma aparente de esta familia se agitaba un drama apasionado é interesante del cual me apoderé al momento.

BRAND. Y ese es el argumento de vuestra novela?

GOETHE. Conservando los hechos, los caracteres y los sentimientos de las personas! Debeis comprender el placer que experimentar cuando pintaba á la naturaleza viviente, cuando sentia palpitar y vivir los modelos á propia vista. Terminado mi estudio, os le mandé con aquel deseo que todo artista experimenta de ver juzgada su obra; pero después reflexioné, — me pregunté á mí mismo si tenia el derecho de descubrir unos secretos que yo habia sorprendido, de publicar por decirlo así las memorias de su alma, sin permiso ninguno — entonces me acometieron algunos escrúpulos, y ya iba á escribiros pidiéndoos me devolvierais el manuscrito.

BRAND. Y vuestro trabajo será inútil.

GOETHE. Mucho me lo temo.

BRAND. Eso es imposible — no penseis en el señor Goethe... yo no puedo permitir un sacrilegio... Si señor, un sacrilegio — porque este libro es una obra maestra.

GOETHE. No es mas que una novela.

BRAND. Precisamente el género mas difícil y que mejor comprende el público. El escrito será inmenso, se analizará; se imitará, se traducirá — si soy yo el editor, porque todo depende del editor, — el autor no hace mas que el libro — el editor proporciona el éxito! Si no fuera por mí quien conoceria á Schiller? Vamos, vamos, señor Goethe, devolvedme vuestro manuscrito y dentro de un mes toda la Alemania se ocupará de vos.

GOETHE. No puedo resolverme á ello.

BRAND. Pero que os detiene? es lo que os he dicho, las condiciones. — Vaya haré un sacrificio, os daré trescientos ducados.

GOETHE. Os lo agradezco, pero...

BRAND. Daré quinientos.

GOETHE. Está muy bien pagado.

BRAND. (*Vivamente.*) Con qué aceptais?

GOETHE. Es imposible, señor Brand, ya os he dicho las consideraciones que me impedian..

BRAND. Esas consideraciones son exajeradas, vuestros escrúpulos son lo que nosotros los libreros llamamos caprichos de artistas.

GOETHE. (*gravemente*) Os engañais, señor Brand, son caprichos de honor, y nadie en el mundo me obligará á hacer lo que no debo.

BRAND. Ah! eso es diferente... si lo tomais por ahí, nada puedo deciros — no obstante, si por una casualidad mudarais de parecer, me revo á esperar que yo seria el preferido.

GOETHE. Os lo prometo.

BRAND. Y cuidariais de avisarme.

GOETHE. Al instante.

BRAND. Corriente: señor Goethe, hasta la vista.

GOETHE. A Dios, señor Brand.

BRAND. A Dios (*va y vuelve*) Ah! ya os he dicho que aunque soy librero he tenido afición á la literatura — si me cedéis vuestra novela y cien ducados mas.

GOETHE. (*ofendido*) Señor Brand!

BRAND. Seiscientos ducados en dinero contante. (*vase.*)

ESCENA IV.

GOETHE solo sonriendo.

... todos son iguales! dinero! pronuncian esta palabra como los primeros cristianos pronuncian el nombre de Cristo. El tal Brand es un carácter del que se puede sacar partido — Ah! ¡viene el heroe de mi novela.

ESCENA V.

GOETHE, VERTHER por el fondo con un ramillete de azucenas.

VERTHER. (*sin ver á Goethe*) No está aquí Carlota!

GOETHE. Buenos dias, Verther.

VERTHER. Goethe!

GOETHE. Venís de vuestro acostumbrado paseo por la ribera del Mein?

VERTHER. Sí.

GOETHE. Allí sin duda habeis cogido ese ramo de azucenas?

VERTHER. Sí, me gustan mucho estas flores.

GOETHE. Y son las que prefiere Carlota.

VERTHER. Quién os lo ha dicho?

GOETHE. No cojéis para ella todos los dias un ramillete?

VERTHER. Yo?

GOETHE. (*señalando á la vasija de cristal.*) Todavía está ahí el de ayer, y vos venís á quitarle porque está ya marchito y á poner ese otro en su lugar, como haceis todos los dias.

VERTHER. De donde sabeis eso?

GOETHE. Olvidais que nosotros los poetas ó pensadores queremos pintar el alma del hombre, y que ese deseo nos obliga á estar observando continuamente, — que adivinamos los menores síntomas de la pasión y de la vida, como el médico descubre los de la enfermedad y la muerte.

VERTHER. Y bien?

GOETHE. Vuestra tristeza me llamó la atención, miré, ví, y comprendí.

VERTHER. Que habeis podido comprender?

GOETHE. Que para ser feliz, Verther, necesitabais haber llegado aquí hace un año, cuando Carlota no estaba comprometida con Alberto.

VERTHER. Oh! hablad bajo.

GOETHE. Nada temais: ni vuestra asidua constancia, ni vuestra mal comprimida desesperacion han podido despertar en Alberto sospecha alguna. Dueño de sus emociones y de sus pensamientos camina en medio de su estoica tranquilidad, sin sospechar la tremenda agitacion que os despedaza; por lo que toca á Carlota, la fidelidad la defiende y no cree poder faltar á la palabra que tiene dada; cumple con su deber sin preguntarse á sí misma cuales son sus deseos.

VERTHER. (*que mira á Goethe*) Sí, teneis razon Goethe — nos habeis examinado bien, nos conoceis tales como somos (*sonriéndose*) y algun dia podeis aprovecharos de vuestro estudio.

GOETHE. (*con intencion*) Con que creéis que el artista debe pintar... lo que ve?

VERTHER. Su mision es esa; el arte puede enseñarle á modelar su estatua pero para que se anime necesita como Prometeo robar una chispa del fuego de la vida.

GOETHE. Y que diriais si para resucitar una obra, robase yo esa chispa aquí mismo?

VERTHER. Vos?

GOETHE. Si ese agitado drama que la casualidad me ha hecho presenciar me hubiera inspirado un libro, en donde la verdad fuera inseparable compañera de la fábula...

VERTHER. Es posible!

GOETHE. La obra seria vuestra tanto como mia, porque como vos decís yo no hubiera hecho mas que modelar la estatua.

VERTHER. Pero ese libro...

GOETHE. (*tomando el manuscrito*) Es este: á vuestro juicio le someto.

VERTHER. Cómo! vos queréis...

GOETHE. Leedle y despues decidme lo que debo hacer.

VERTHER. Yo!

GOETHE. Leed — (*vase*)

ESCENA VI.

VERTHER solo.

Un libro inspirado por lo que ha visto? cuyo argumento le hemos proporcionado nosotros mismos. (*mira el manuscrito*) Hasta los nombres! el mio! el de Alberto! el de Carlota! Con que hemos sido para él, cadáveres que ha destrozado con su escalpelo — Sin duda ha adivinado mis tormentos ocultos, los ha contado, los ha descrito y ahora querrá mostrar al pueblo mi alma llena de las mordeduras del dolor, como los romanos mostraban en el circo á los cristianos despedazados por los leones—Ah! no permitiré que se profanen mis emociones mas caras, mas santas.—Mio es el secreto de mis pesares, me pertenece, es mi única riqueza y mientras viva nadie me la arrancará. (*Arroja el manuscrito en la mesa de la izquierda. Oye-se cantar á Carlota*)

La alegre primavera
gozosa se avecina,
la errante golondrina
vuelve al tranquilo hogar.
Corónanse de flores
las margenes del rio,

risueño el bosque umbrío,
risueño el monte está.

VERTHER. Es Carlota! — Sí, está cantando la antigua balada de la primavera que nos enseñan en la cuna. — Oh! cuando canta así! no puedo decir lo que siento... pareceme que una brisa consoladora me trae todos los recuerdos de la infancia.

ESCENA VII.

VERTHER, CARLOTA.

CARLOTA. (*entra talareando la cancion*) (*vase á Verther*) Ah! señor Verther! ya de vuelta.

VERTHER. Todavía no os he visto hoy.

CARLOTA. (*dandole la mano*) Salisteis al amanecer...

VERTHER. Me visteis?

CARLOTA. Sí, desde mi ventana donde estaba regando las flores que me habeis dado: apenas os ve. Casi siempre pasais el dia lejos de nosotros. Haced mal, señor Verther. (*Mientras habla arregla unos frutos que hay en una bandeja sobre la mesa.*)

VERTHER. Mal? y porqué?

CARLOTA. Porque así es imposible veros.

VERTHER. (*con abatimiento*) Qué importa Quién me necesita? para que sirvo? Bien puedo impunemente prolongar mi ausencia porque nadie espera mi regreso.

CARLOTA. (*dejando caer la fruta en la bandeja*) (*aparte*) Siempre triste!

VERTHER. Vos misma, Carlota, vos que me reconvenís porque os abandono, deseariais sentir que volviese.

CARLOTA. Porqué?

VERTHER. Cuando Alberto está á vuestro lado hablandoos de sus esperanzas, arreglando como porvenir segun vuestros deseos, haciendoe esas confianzas que vos sola podeis saber, el ruido de mis pasos desace tan dulces ilusiones sueños tan bellos, y yo llego á vuestra presencia como si fuera un extraño importuno.

CARLOTA. Vos un extraño. Verther! que injusto sois! eso es decir que no creéis en nuestra amistad; — no veis cuanto vuestra sombría afliccion nos aflige?

VERTHER. A vos tambien, Carlota?

CARLOTA. (*con sencilla sensibilidad*) A mi tambien — porque aunque no tengo los mismos derechos á vuestra confianza, porque nuestra amistad es mas reciente, os profeso mas ca

ño del que imagináis — En vano todo lo que me rodea procura complacerme; cuando os veo triste no tengo valor para ser feliz. Si estais ausente, la idea de que os encontráis solo y desconsolado se apodera de mí en medio de mi alegría y la detiene, si estais presente, vuestro sombrío abatimiento me yela. — En fin por todas partes me persigue el recuerdo vuestro!

VERTHER. Será cierto?

CARLOTA. Ah! quisiera poder convenceros de que no sois un extraño para nosotros, quisiera que cualquier sacrificio...

VERTHER. (con alegría) Es posible! ah! si yo me atreviera á creer, — si pudiera esperar que me tuvierais en tanto mi felicidad.

CARLOTA. (conmovida pero con sencillez) Si para devolveros la alegría, Verther, fuera necesaria mi vida os la daría sin vacilar.

VERTHER. (con transporte de alegría) Pues bien, Carlota, escuchadme, si para librarme de la desesperacion yo os pidiera esa vida que estais pronta á sacrificar, que hariais?

CARLOTA. (asombrada) Que estais diciendo?

VERTHER. (con mas viveza) Si os dijera que esos amargos pesares, de esas dolorosas aspiraciones, de esa necesidad de hallarme solo, de esta fiebre que atormenta mi vida vos podriais librarme.

CARLOTA. Yo!

VERTHER. Que en vuestras manos teneis mi ventura, en fin que os amo.

CARLOTA. Dios!

VERTHER. Qué responderiais?—Callais? Ah! hablád; ahora es preciso; qué responderiais?

CARLOTA. (con una agitacion que apenas puede dominar) Responderia... lo que ya sabeis, señor de Verther... que tengo mi palabra empeñada, que estoy comprometida... que es imposible!

VERTHER. Imposible! no! aun no habeis cumplido vuestra promesa y vos no amais á Alberto.

CARLOTA. Porqué lo decís?

VERTHER. No le amais... al lado de la persona que se ama nadie tiene esa tranquila alegría — al contrario su ausencia hace padecer — su presencia turba, cuando mira, cuando habla el corazon tiembla, se siente una felicidad profunda -- dan deseos de llorar. -- Os sucede eso cuando estais al lado de Alberto?

CARLOTA. (turbada mirando á Verther) Al lado de Alberto... no.

VERTHER. Y no veis con que indiferente pa-

ciencia espera el mismo el cumplimiento de vuestra promesa? El puede vivir sin vos, Carlota, -- pero yo-- si os pierdo... Oh! si os pierdo nada tengo que esperar, nada tengo que hacer en esta vida donde unicamente me detiene mi amor.

CARLOTA. (muy turbada) No digais eso, Verther, me despedazais el corazon... mi razon se extravía -- Verther dejadme.

VERTHER. (fuera de sí) Carlota, óyeme, rompe ese matrimonio... iremos á vivir lejos de aquí, donde vayamos seremos felices -- Carlota, ten piedad de mí.

CARLOTA. Oh! Verther! Verther!

VERTHER. Te amo! te amo!

CARLOTA. Dejadme, Verther... oh! oigo ruido.

ALBERTO. (Fuera.) Avisadme al instante.

VERTHER. Es la voz de Alberto.

CARLOTA. Aquí está ya.

ESCENA VIII.

DICHOS, ALBERTO por el fondo.

ALBERTO. Os venia buscando. Apenas he podido ver á Carlota en todo el dia y tenia que darle una buena noticia. (Se acerca, la mira y se estremece.) Pero qué teneis?

CARLOTA. Yo?

ALBERTO. Estais turbada, qué ha sucedido?

CARLOTA. Nada: Estaba oyendo al señor Verther.

ALBERTO. Ah! entonces no lo extraño... habrá dejado ver ese desaliento que tanto nos aflige.

VERTHER. Es verdad: mi corazon se ha abierto á pesar mio.

ALBERTO. (Tomándole la mano) Pobre corazon, siempre agitado, siempre aspirando á lo imposible. (Verther retira la mano.) Pero nada podrá devolveros la tranquilidad y la resignacion.

VERTHER. (Con amargura.) La resignacion! esa es la parte que á mí me corresponde? y porque he de resignarme! la resignacion! Fácil consejo que dan los que son felices.

ALBERTO. Sí, lo soy, Verther. Soy muy feliz porque creo en la justicia de Dios y en el cariño de mis amigos; pero esa felicidad no la he obtenido sin esfuerzo.

CARLOTA. Ah! vos la habeis merecido. Cuantas veces he oido contar á mi tia las duras pruebas que tuvisteis que sufrir huérfano, po-

bre, por todos abandonado, vos solo no os abandonasteis, habeis combatido, habeis esperado y habeis perseverado.

ALBERTO. Y nunca he dudado de la amistad: por eso la amistad me ha ayudado, me ha socorrido; porque todos mis esfuerzos hubieran sido inútiles si Hermann, mi compañero de Universidad, no me hubiera dado sus consejos, su proteccion, sus riquezas; todo, todo lo ha prodigado para socorrerme... ha sido para mí mas que un hermano... y á él despues de Dios debo mi ventura sobre la tierra; á él y á vos, Carlota.

CARLOTA. (*Sorprendida.*) Qué decís?

ALBERTO. (*A Carlota.*) Sí, ahora puedo confesarlo, hace seis años, cuando era un pobre estudiante ya os amaba!

CARLOTA. Vos!

VERTHER. Es posible!

ALBERTO. Habia jurado ocultároslo, porque no queria que tomarais parte en las inquietudes y tormentos de la lucha que iba á emprender. No quise hablaros hasta haber adquirido en el mundo una posicion digna de ser compartida, entretanto guardaba silencio... luchaba con mil obstáculos, pero al veros feliz renacian mis fuerzas.

CARLOTA. Ah! qué generosidad!

ALBERTO. Decid qué paciencia, pero ya llega el momento de la recompensa.

VERTHER. Cómo?

ALBERTO. Ya sabeis que faltaban algunos papeles necesarios para que se verificase nuestro enlace?

CARLOTA. Sí.

ALBERTO. Pues esos papeles llegarán hoy mismo.

VERTHER. Hoy!

ESCENA IX.

DICHOS, LA SEÑORA VOLF que ha escuchado cuando hablaba Alberto.

VOLF. (*Presentando los papeles.*) Aquí están.

CARLOTA. Ah!

ALBERTO. Los papeles?

VOLF. Acaba de traerlos el cartero.

ALBERTO. Dádmelos, tia: Sí, estos son los que yo esperaba. — Hermann me ha cumplido su palabra, porque hoy he recibido una carta suya en donde decia que llegarían hoy y que

tambien él vendria. Esta misma noche le veremos.—Ah! encuentra todos mis deseos cumplidos, Carlota, porque tengo convidados á mis amigos, he avisado al sacerdote y todo está preparado ya para nuestra boda.

CARLOTA. (*Aparte.*) Dios mio!

VERTHER. (*Aparte.*) Qué está diciendo?

VOLF. Era esa la sorpresa que nos preparabas?

ALBERTO. Sí tia, sí; ah! este es el dia mas feliz de mi vida.

VOLF. Los convidados esperan ya.

ALBERTO. Ya os seguimos. (*Vase la tia Volf.*) (*Dando la mano á Carlota.*) Venid... Pero, porqué vacilais?

CARLOTA. Me ha sorprendido esa noticia tan inesperada.

ALBERTO. Os ha descontentado lo que he dicho? ah! hablad, ha cambiado vuestro corazon para conmigo?

CARLOTA. No! oh! jamás he comprendido mejor que ahora cuan noble y bueno sois.

ALBERTO. Pues entonces qué es lo que me ha pasado aquí!—Podeis decirmelo vos, Verther?

VERTHER. (*Que mira á Carlota con ansiedad.*) Yo... estoy esperando... como vos!

ALBERTO. Y bien, Carlota?

CARLOTA. (*Haciendo un esfuerzo.*) Alberto, os dí mi palabra... esta es mi mano.

VERTHER. (*Aparte.*) Cielo!

ALBERTO. Venid, venid: nuestros amigos ya esperan.

CARLOTA. Sí... (*Mirando á Verther con admiración.*) Voy... voy... (*Al pasar cerca de Verther.*) Adios Verther. (*A Alberto.*) Vamos. (*Vase con Alberto.*)

ESCENA XI.

VERTHER solo.

Adios.. tiene razon. Adios, Carlota, porque yo ya no puedo seguir viviendo aquí... Oh! cuando pienso que he tenido un momento de esperanza... aquí... ahora mismo... Insensato! insensato! lo que ha sido compasion lo imagínate amor. Todo se acabó... hoy mismo parte sin volverla á ver... Y á donde iré! qué me importa! marcharé á la aventura sin mas objeto que huir de ella. Desgraciado! y no llevaré conmigo, en mi corazon, una herida incurable? (*Con desesperacion.*) Pero entonces, qué esperas? Qué haré! qué haré, Dios mio!

(*Cae en una silla y oculta el rostro entre las manos.*) Dios mio! quien me aconsejará! (*Deja caer una de las manos la cual tropieza con el manuscrito de Goethe que está en la mesa.*) Ah! este libro, si es mi propia historia, como Goethe ha dicho, si el Verther que él pintó es otro yo, qué remedio habrá encontrado á sus males? Quiero saberlo — tal vez él me iluminará. — Veamos cual es el desenlace que yo busco. (*Lee.*)

Ultima carta de Verther á Carlota.

«Lo he resuelto, Carlota, quiero morir.»

(*Habla.*) Morir!

«Quiero morir, no porque esté desesperado, sino porque mi carrera en el mundo está ya terminada.» (*Habla.*) Terminada! tiene razon! á qué prolongar por mas tiempo una lucha sin esperanza? Náufrago de la vida, he visto desaparecer la última estrella. — Ábrase el abismo! quiero descansar en él. Sí, Goethe, tú has encontrado el único desenlace posible. gracias te doy porque me le has mostrado.

(*Lee.*) «Adios, Carlota: cuando una hermosa tarde de verano, subas por la montaña, cuérdate cuantas veces hemos recorrido juntos el valle, tiende despues la vista al cementerio y piensa en mí cuando veas á los últimos rayos del sol poniente como agita el viento la yerba que cubre las losas de mi pobre pultura.»

(*Se detiene: las lágrimas inundan su rostro.*) Quiero que ella lea este desco, el único que puedo tener ahora. Sí, resolucion... Solo quiero escribir unas líneas á Goethe.

(*Llama, luego escribe un billete que une al manuscrito.*)

ESCENA XI.

DOROTEA, VERTHER.

DOROTEA. Habcis llamado?

VERTHER. (*Escribiendo.*) Sí, Dorotea. Está el señor Goethe?

DOROTEA. Creo que se está paseando en el jardin.

VERTHER. Cuando vuelva dadle estos pape-

DOROTEA. Está bien... Pero no me engaño... ¿cuándo viene la señorita Carlota con su novio.

VERTHER. Ah! (*Toma el ramillete de azucenas que dejó en el sillón cuando entró y se lleva las manos al corazon.*) Vamos, corazon mio,

cesa de palpar, haz el último esfuerzo; sufre por última vez, despues descansarás.

ESCENA XII.

CARLOTA, ALBERTO, VERTHER, PARIENTES.

(*Han entrado durante el último aparte de Verther.*)

ALBERTO. (*A Carlota.*) Carlota, por piedad, tranquilizaos; vuestra emocion me aterra y me aflige.

CARLOTA. No es nada, Alberto, nada, os lo aseguro.

ALBERTO. Venid.

(*Se encuentran con Alberto.*)

CARLOTA. Ah! Verther!

VERTHER. Dispensadme: no vengo á estorbar vuestra felicidad. — Poco tiempo os detendré.

ALBERTO. Qué es esto?

VERTHER. Antes de que lleveis á Carlota al altar permitidme que la entregue mi acostumbrada ofrenda.

CARLOTA. Á mí?

ALBERTO. (*A los parientes.*) Salid, amigos míos, ya os seguimos.

VERTHER. (*Presentándole el ramillete.*) Esta mañana cogí estas flores para vos, Carlota, pronto se marchitarán; pero no las arrojéis; guardadlas porque ellas os recordarán la amistad que muere, la ventura que pasa, la esperanza que solo dura un momento. — Guardadlas por mí.

CARLOTA. (*Apretando el ramillete contra su corazon.*) Ah! siempre.

(*Alberto que ha hecho salir á los convidados se acerca.*)

VERTHER. Y vos, Alberto, haced de modo que Carlota no recuerde jamás este dia con tristeza. — Sed felices. — Adios...

(*Se lanza á la escalera.*)

ALBERTO. (*Asombrado.*) Á donde va!

CARLOTA. (*Asustada.*) Verther!

VERTHER. (*Al fin de la escalera.*) Adios!

CARLOTA. (*Llorando, á Alberto.*) Seguidle, seguidle, no le dejéis solo.

ALBERTO. Qué teneis? porqué estais tan conmovida?

ESCENA XIII.

DICHOS, GOETHE *que entra vivamente por el fondo con los papeles en la mano.*

GOETHE. Verther! ah! amigo mio, sabeis adonde está Verther?

ALBERTO. Porqué venís tan turbado?

GOETHE. Leed lo que acaba de escribidme.

ALBERTO. (*Leyendo.*) «Vuestro libro me ha dicho lo que debia hacer. — Cuando recibais esta carta podreis ya publicarle porque habré dejado de existir.»

CARLOTA. Dios mio!

ALBERTO. (*Corriendo á la escalera que sube rapidamente.*) Desdichado!

GOETHE. Tal vez será tiempo aun.

(*Oyese un tiro en el cuarto.*)

Todos. Ah!

(*Alberto que está en lo alto de la escalera se precipita en el cuarto y desaparece.*)

CARLOTA. Ya es tarde!

(*Vacila, y cae desmayada en un sillón.*)

GOETHE. (*A la izquierda solo.*) Que he hecho!

(*Oculto el manuscrito en el pecho.*)

CARLOTA. (*Volviendo en sí.*) Donde está? Verther, quiero verle! (*Se levanta y ve á Alberto que aparece en lo alto de la escalera. Ah! Quiere correr á el, pero le faltan fuerzas y grita tendiéndole los brazos.*) Verther? ha muerto? (*Cae de rodillas.*) Ah! yo tambien quiero morir!

ALBERTO. (*Aparte con dolor.*) Le amaba! (*Se adelanta lentamente hacia Carlota, le toma de la mano y la levanta diciendo con nobleza pero triste.*) Vivid, Carlota, yo respondo de la vida de Verther! sed feliz. Sereis muy feliz! (*Carlota dá un grito y besa la mano de Alberto.—Emocion general.*)

ACTO PRIMERO.

Un aposento al estilo suizo: Ventana al fondo cerrada por persianas exteriores.— Puertas á derecha, izquierda y fondo.— Sofá y sillones á la derecha.— Piano: á la izquierda una mesa con libros y un reloj.

ESCENA PRIMERA.

FRITZ *sale con una lámpara en la mano.*

Ya ha cesado la tempestad... está amaneciendo. (*Deja la lámpara sobre la mesa y mira el reloj.*) Las siete, y todavía no ha vuelto el señor Verther. Que vida tan singular es la de mi amo. Cuando llegó de Offenbach despues de su casamiento con la señorita Carlota, dos años ha, para venir á establecerse en el Appenzel casi nunca se separaba de la señora, parecian dos enamorados: esto duró algunos meses, pero luego el señor Verther cambió repentinamente; comenzó á entristecerse, á salir solo, y á recorrer las montañas dias enteros. (*con precaucion.*) Y ahora no solo pasa el dia fuera de casa sino tambien la noche... Dios mio! si la señora llegara á sospechar...

ESCENA II.

FRITZ, VERTHER.

VERTHER. (*abre la persiana de la ventana del fondo, después la misma ventana y salta al*

teatro.) Á tiempo llego... nadie me ha visto. FRITZ. Ah! ya me inquietaba vuestra tardanza, señor.

VERTHER. (*mirando al rededor con inquietud.*) Habla bajo.

FRITZ. No hay nada que temer, sobre todo ahora que la señora duerme en la otra parte de la casa. Pero dadme la capa, está toda mojada.

VERTHER. (*Quitándose la capa y dándosela á Fritz.*) Si, me ha sorprendido la tormenta.

FRITZ. (*apagando la lámpara.*) Qué tiempo! no recuerdo tempestad como esta en el Appenzel, á no ser la del otoño último, ya sabeis con cuál hablo señor, de la que hubo el dia que socorristeis á aquella señorita que volvía de casa del anabaptista Villiams. Dios mio! qué hermosa era! y noble á lo que parecia, pero que Villiams la llamaba la señorita de Verther.

VERTHER. Silencio! Has olvidado que te es prohibido pronunciar ese nombre en esta casa.

FRITZ. No tengais cuidado: la señora está

usente el dia del acontecimiento, y yo he tenido mucho cuidado de no hablarla una palabra... como el señor me lo habia mandado. Pero es muy extraño que no se haya vuelto á hablar con aquella señorita, porque ella iba á san Gall que está aquí cerca.

VERTHER. Bien, bien; vete. (*se sienta.*)

FRITZ. Si señor.

CARLOTA, (*en la puerta de la derecha.*) Aquí está...

FRITZ. (*viéndola.*) Señora! (*Carlota le hace señas de que se vaya.*)

ESCENA III.

VERTHER, CARLOTA.

CARLOTA. (*ap.*) Siempre meditabundo: ni siquiera me ha visto. (*se acerca*) Buenos dias, Verther.

VERTHER. Ah! Carlota! buenos dias.

CARLOTA. (*con ternura.*) Parece que estás cansado amigo mio.

VERTHER. (*levantándose con algo de impaciencia.*) Yo? qué es lo que te lo hace pensar? no lo creas.

CARLOTA. (*con timidez.*) Perdóname, vine a saber como habias pasado la noche, pero si quieres estar solo me retiro.

VERTHER. No: si no tienes nada que hacer.

CARLOTA. (*vivamente.*) Nada: y si permites que me quede, no te incomodaré, bordaré cuidadoso sin hablar una palabra.

VERTHER. Sin hablar?... y por qué? soy acaso tan enfermo á quien incomode el ruido?

CARLOTA. (*con timidez.*) No digo eso, Verther.

VERTHER. (*con impaciencia.*) Entonces á qué sirven esas precauciones?

CARLOTA. (*sin atreverse á hablar.*) Amigo...

VERTHER. (*con mas viveza*) Por Dios, Carlota, no tengas ese aspecto temeroso, turbado, etc. Quien te impide vivir libre y alegre antes? habla, rie, canta.

CARLOTA. Si... pero.

VERTHER. (*vivamente.*) Si te incomoda me voy.

CARLOTA. (*deteniéndole.*) No por Dios, Verther, quedate. he hecho mal... me pondré á cantar, hablaré, cantaré puesto que lo quieres. (*ap.*) Si... quiero probar... ah! si pudiera volverle aquellos dias que parece haber olvidado...

veamos! (*Verther está sentado á la izquierda, Carlota se sienta al piano y despues de vacilar un momento comienza á cantar la antigua balada de la primavera.*)

La alegre primavera
gozosa se ayecina,
la errante golondrina
vuelve al tranquilo hogar:
corónanse de flores
las márgenes del rio;
risueño el bosque umbrio
risueño el monte está

(*Al principio Verther parece conmovido, despues se agita, se levanta con impaciencia como si la cancion le recordara memorias importunas. Carlota sigue todos sus movimientos. Su voz se debilita insensiblemente y concluye por romper á llorar.*)

VERTHER. Pero qué? por qué lloras? responde, qué tienes?

CARLOTA. (*que le ha cogido de la mano.*) Que es lo que tienes tú, Verther, que la cancion que tanto te agradaba, la que te recordaba nuestro amor hoy escita tu impaciencia? Por qué no eres feliz?

VERTHER. Quien te ha dicho...

CARLOTA. (*levantándose.*) No: no eres feliz Verther... estoy segura de ello, dime, qué deseas? qué te falta? dos años hace que nuestra vida dependia de un enlace que parecia imposible, la generosidad de Alberto nos dió la ventura que apeteciamos. En cuanto fuimos el uno del otro, deseaste vivir en una hermosa soledad donde nadie pudiera turbar tus deseos ni distraerte de nuestro amor; por eso vinimos á vivir en las montañas del Appenzel y cuando esperaba ver aquí tus deseos colmados, no sé que repentina tristeza se ha apoderado de tí...

VERTHER. (*con amargura.*) Locura singular, en efecto no poder acostumar el alma á la inamovilidad! conque por qué hemos encontrado donde detenernos, no debemos mirar hácia adelante? no debemos desear un sol mas brillante, una tierra mas florida... es fuerza pensar la imaginacion con la realidad, cortar las alas á los deseos, y no quitar á la felicidad su traje diario hasta que el tiempo le haga un andrajo.

CARLOTA. Verther!

VERTHER. (*con impetu.*) Ah! esa lójica es una tiranía impuesta á nuestros deseos, quieren soldar las almas á los deseos como el forzado á la cadena. Es preciso que lo que una vez hemos apetecido lo apetezcamos eterna-

mente. Se nos pregunta. Por ¿qué cambias? Pregúntese al pájaro por qué vuela, al viento por qué no sopla siempre desde un mismo punto del horizonte! Lógrese que lo que una vez agrada, agrade siempre, que el cansancio no sea el término de todas las esperanzas y la conclusión de los deleites, el hastío.

CARLOTA. (con dolor.) Conque al fin confiesas...

VERTHER. Pues bien: si es culpa mia no poder satisfacer la inquieta avidez de mi naturaleza? que he de hacer, si esta tranquilidad, si este aislamiento me cansan y si yo quisiera salir de él aunque para conseguirlo me despedazara el dolor: (Viendo el gesto de aflicción que hace Carlota.) Pero yo no sé porque estamos hablando de esto. Tú me preguntaste, yo dije mi opinion y te estoy afligiendo...

CARLOTA. A mí?

VERTHER. Lloras?

CARLOTA. (enjuguando vivamente las lágrimas.) No, Verther, no... mira, ya me sonrio, yo tengo la culpa de haberte traído á la memoria esos pensamientos... no hablemos mas de eso, Verther, procuremos olvidarlos.

ESCENA IV.

DICHOS, FRITZ.

FRITZ. Señora...

VERTHER. Que quieres?

FRITZ. Ahí fuera hay un forastero que pregunta por vos... dice que es pariente de la señora.

CARLOTA. Pariente!.. no sé quien podrá ser.

FRITZ. Se ha quedado en el saloneito.

VERTHER. Ve á ver quien es...

CARLOTA. Con que permites.

VERTHER. Sí. (La mira salir.)

ESCENA V.

VERTHER solo.

Mis palabras la han aflijido! mi boca ha consensado á pesar mio mis dolores... Ah! si llegara á saber toda la verdad... A cada momento temo que la casualidad se lo descubra, cuando hace poco Fritz pronunció el nombre de Elena de Verghen, cuando habló de San Gall no pude menos de estremecerme... San Gall! si, allí la volví á ver — tal vez por nuestro mal —

Pero quien resiste á la fascinacion de aquella expresion y ardiente belleza? Aquí mi corazón se consumió con el hastío de la costumbre cuando Elena se presentó á mi vista — oh! todavía la estoy viendo! en el momento que acudí á los gritos de los pastores, estaba de pié sobre la pendiente del precipicio pálida, pero valiente, con el cabello flotante, con la frente coronada de relámpagos: de repente salí de mi abatimiento, Elena se me apareció como una vision poética que me traía nuevas emociones, nuevos deseos... y tambien... hubiera debido preveerlo... nuevos dolores... Que habrá pasado que no he podido verla esta noche? Cuando llegué á la hora señalada á aquella puerta que solo para mí se abre, esperé en vano.

FRITZ. (entrando.) Esta carta para el señor. El portador dice que es urgente.

VERTHER. Dios mio!... de ella! ah! (Lee.)

Verther:

«Mi padre ha llegado ayer (habla.) cielos (Lee.) por eso no he podido recibirte, quier que mañana partamos, y me ha hablado de ciertos proyectos de matrimonio que ha formado con respecto á mí; es preciso que te presentes á él, Verther, y le digas que no puedo ser sino tuya: así consentirá en nuestra union.»

Nuestra union! ah! si supiera! Gran Dios que destino tan cruel es el mio! — Quisiera de tenerme en mi fatal camino, pero un poder mas fuerte que mi voluntad me obliga á proseguir adelante. — Conozco mi falta — padezco, pero persevero en ella á pesar de mis remordimientos — pues bien, si la fatalidad me conduce á la perdicion, lléveme en buen hora. — Elena no partira, no — suceda lo que quiera, yo la detendré.

ESCENA VI.

ALBERTO, CARLOTA, VERTHER.

CARLOTA. Venid, aquí está, venid, Alberto!

VERTHER. Alberto!

ALBERTO. (Abrazándole.) Por fin os vuelvo á ver.

VERTHER. Vos en el Appenzel!

CARLOTA. Sí, nuestro amigo, nuestro hermano!

ALBERTO. (Con ternura.) Ah! no sin permitirme que deje mis ocupaciones, pero un amigo salia de Augsburgo para venir al Appenzel, á mí tambien me llamaban no solo algunos asuntos á este pa-

Sino mi inclinacion y me decidí á acompañarle.

VERTHER. Sin avisarnos!

ALBERTO. No tuve tiempo... además quise sorprenderos en medio de vuestra felicidad... porque ahora, Verther, creo que no deseareis nada... (*Verther vuelve la cabeza.*) Ni vos Carlota.

CARLOTA (*Adelanta una silla y se apoya en el sillón de Verther — Vivamente.*) Pero y vos Alberto? — habladnos de vos.

ALBERTO. Que os puedo decir? Pronto hará tres años que me separé de vosotros y os dejé... casados... confieso que necesité echar mano de todo mi valor — Offenbach se me hizo dios y me trasladé á Augsburgo — Allí busqué mi consuelo en el trabajo — Cuando sentí renacer en mí el desaliento... decia contiguemos con tesón... aun resta algun descubrimiento, aun puedo socorrer á algun desgraciado, y poco á poco, la actividad del presente amenguó las penas del pasado.

CARLOTA. (*Con alegría.*) Con que habeis encontrado la felicidad?

ALBERTO. Sí, si he conseguido labrar la vuestra.

VERTHER (*Interrumpiéndole.*) No nos habeis hablado de un amigo que os acompañaba?

ALBERTO. Ah! sí, un militar anciano, un maestro que conocí en Augsburgo: vivia entonces con su hija, pero despues la encomendó á un pariente suya por algunos meses y ahora viene por ella.

CARLOTA. Con vos?

ALBERTO. Sí, porque yo traigo una comision de esperanza y ternura.

VERTHER. Que decis?

ALBERTO. Os acordais de Hermann?

CARLOTA. Vuestro compañero y protector?

ALBERTO. Decid mi hermano: ama perdidamente á la hija del mayor: estaba ya arreglado entre las dos familias su matrimonio; pero la frialdad y desvió de las últimas cartas de la joven han dado que sospechar á mi amigo; y temeroso de que la ausencia haya cambiado sus disposiciones y no pudiendo venir el mismo que un doloroso deber le detenia al lado de su madre moribunda, me escribió que viniese á su lugar — Se trataba de su felicidad, que yo en mas que la mia; al instante me puse en camino y hoy mismo el mayor y su hija desearon reunirse conmigo.

VERTHER. Aquí?

ALBERTO. Sí: en primer lugar exijo que sean

amigos vuestros. — Unicamente os ruego que seais indulgente con el mayor, y no os estrañe su singular caracter.

CARLOTA. Pues cómo?

ALBERTO. La costumbre del mando militar, ha dado á su acento un tono un tanto brusco, no se le puede replicar porque al momento se excusa.

CARLOTA. Ah! Dios mio!

ALBERTO. (*levantándose y sonriéndose.*) Oh! tranquilizaos: su cólera es aparente, temeroso de que abusen de su honrad se reviste de un exterior rudo...

VERTHER. Y como no ha venido con vos?

ALBERTO. Nos separamos hace dos dias en Feldkirch donde le detuvo un asunto...

MAYOR. (*fuera*) No señor, de ningun modo.

FRITZ. (*fuera*) Pero permitid...

MAYOR. (*fuera*) Cuando te digo que no hace falta... lo oyes... no quiero que me anuncies.

CARLOTA. Ay! que ruido es ese?

ALBERTO. Segun las señas... es el mayor.

(*El Mayor aparece disputando con Fritz.*)

ESCENA VII.

DICHOS, EL MAYOR, FRITZ.

MAYOR. Digo que quiero entrar solo... que yo mismo me anunciaré... lo oyes gazuápiro?

ALBERTO. (*tomándole del brazo y llevándole hacia Carlota y Verther que han quedado en el proscenio*) Ya estais anunciado, Mayor.

MAYOR. (*viendo á Verther y Carlota*) Ah! dispensadme señora... Servidor vuestro.

CARLOTA. Estais lleno de nieve señor Mayor.

MAYOR. Como que salgo de ella. (*á Verther*) En buen país habeis venido á vivir.

VERTHER. Habeis encontrado malos los caminos?

MAYOR. Malos? no: si no hay caminos: no hemos encontrado mas que ventisqueros, torrentes y montañas... creí quedarme en ellas.

ALBERTO. Pero no viene con vos vuestra hija. Mayor?

MAYOR. Antes de que amaneciera salimos juntos de San Gall: queríamos pasar por la aldea donde vive la nodriza de mi hija, y nuestro cochero tomó un atajo que era un precipicio. — Por mas que le gritaba; Eh! que nos detengamos á romper la erisma, él me decia: No tengais cuidado, mi general. — El bribon creia que

por el gusto de oírme llamar general me iba á dejar desnucar sin mas ni mas — En fin, á una milla de aquí poco mas ó menos, la rueda tropezó con un peñasco — y pataplum, de hocicos sobre la nieve.

CARLOTA. Dios mio!

ALBERTO. Y os hicisteis daño?

MAYOR. Ninguno — ni el bribon del cochero — por poco le mato.

VERTHER. Pero y vuestra hija?

MAYOR. Felizmente nos encontráramos á un par de tiros de fusil de la casa de la nodriza y allí entró para cambiar de traje y calentarse un poco, mientras yo continué el camino á pié hasta aquí, donde nos reuniremos.

ALBERTO. Pero será preciso ir á buscarla.

CARLOTA. En efecto.

VERTHER. Voy á decir á Fritz...

MAYOR. Nada de eso: no hay que incomodarse por mí: basta con que nos hayamos metido aquí de rondon sin que nos conozcan — y luego yo estoy aquí como en una ciudad tomada por asalto... creo que no he saludado á nadie.

ALBERTO. (*sonriéndose*) Sí, Mayor, si habeis saludado.

MAYOR. Lo celebro (*á Carlota*) Dispensadme, señora, tenia un humor de des mil diablos — cosa que siempre me sucede... y no entiendo mas cortesias que las de cuartel, pero no importa. (*Dando la mano á Verther*) Quiero que seamos amigos.

VERTHER. Y yo espero que estareis aquí largo tiempo para que podamos justificar esa amistad.

CARLOTA. Sí, Mayor, no saldreis de aquí sin nuestro permiso; sois nuestro prisionero.

MAYOR. Acepto la prision, voto á brios! como que es un país magnífico! no tenia sentido comun cuando hablaba mal de él — Ya vereis que contenta va á estar aquí mi hija... no quise decirla donde veniamos hasta que nos separamos, cómo se sorprendió! — precisamente fué en la puerta de Villiams.

VERTHER. Cómo! el anabaptista.

MAYOR. Sí.

VERTHER. Conque ha sido en su casa...

MAYOR. Donde se ha detenido mi hija.

VERTHER. (*Aparte.*) Cosa estraña!

ALBERTO. (*Viendo á Fritz que sale con otro criado que lleva el equipaje.*) Aquí está vuestro equipaje, mayor.

CARLOTA. (*A Fritz.*) Por aquí. (*Al mayor.*)

Dispensadme, mayor, voy á disponer que se coloque en vuestro cuarto. — Venid, Fritz.

(*Entra en el cuarto de la derecha con el criado que lleva el equipaje.*)

Fritz. Voy, señora. (*Al mayor*) Es vuestra esta cajita?

MAYOR. Mirad el rótulo.

ALBERTO. Sí, es de su hija. — Elena de Verghen.

VERTHER. (*Aparte.*) Elena!... (*Va á ver el rótulo.*) Cielo! su hija... y va á venir, va ver á Carlota. — Oh! es preciso que no se vean.

ALBERTO. Os vais, Verther?

VERTHER. Sí, tengo que hacer. Vuelvo instante. — Con vuestro permiso, mayor.

(*Vase.*)

MAYOR. (*Que ha ido á dejar el sombrero el baston.*) Qué le ha dado?

ALBERTO. No os asombre esa marcha repentina; ya os he dicho que Verther tenia un carácter muy singular. Como le dejé le encuentro, ni aun la felicidad le ha curado de sus fogosos caprichos.

MAYOR. Ah! bien acostumbrado estoy á esas naturalezas inquietas y ardientes. Bien sabe que Elena padece de la misma enfermedad.

ALBERTO. Y algunas veces os ha dado cuidado.

MAYOR. Y con razon, porque una emocion de ese genero puede serla funesta. — Ese mal implacable y que no perdona, ha ido diezmando mi familia, ya creia que iba á inmolar al último de mis hijos, y a no ser por vos, Alberto, que como médico me tranquilizasteis, yo hubiera creído...

ALBERTO. No debeis creerlo, mayor.

MAYOR. Pero que causara su tardanza?

ALBERTO. Aquí está ya.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELENA.

ELENA. (*viendo al Mayor*) Ah! padre mio estaba preguntando por vos.

MAYOR. Yo te estaba ya aguardando con impaciencia. Voto á brios!

ELENA. (*aparte mirando á su alrededor con inquietud*) No está aquí Verther!

MAYOR. (*señalando á Alberto*) No conoces nuestro amigo?

ELENA. El señor Alberto no puede imaginarse tal cosa.

ALBERTO. Si, creo que en los pocos meses que han trascurrido desde nuestra última entrevista no me habreis ya olvidado... pero á decir verdad ya creíamos no volveros á ver.

ELENA. Williams quiso traerme por la orilla del ventisquero.

MAYOR. Y te has detenido en el camino?

ELENA. Aquellos sitios agolpaban á mi imaginacion tantos recuerdos...

MAYOR. Ya! como te has criado en el Apenzel te gustan esos magníficos espectáculos e la naturaleza... hasta te agradan los riesgos. Yo mismo, tiene un alma como la de Verther vuestro amigo.

ELENA. (*Aparte.*) Si habrá recibido mi carta?

ALBERTO. Pero mi prima está esperando á la ñorita Elena y no nos perdonará haberla detenido tanto tiempo.

MAYOR. Sí, sí, quiero presentarla á la que el dia es mi única esperanza; á la persona por quien voy á tener una familia.

ELENA. (*estremeciendose*) Cómo?

MAYOR. Has olvidado ese gran proyecto de que depende tu felicidad y la mia?... Ya ha llegado el momento.

ALBERTO. Ah Mayor! me prometisteis no venir todavía...

MAYOR. Vamos! quereis vos ser el primero en hablar á mi hija en favor de Hermann... Por una venida...

ELENA. Ah!

MAYOR. Cumplid vuestro encargo... Os dejo á Elena.

ELENA. Por Dios, padre mio.

MAYOR. No, no, es preciso...

ELENA. Pero bien... despues.

ALBERTO. Señorita: yo hubiera deseado ele-
votro momento mas favorable; pero puesto
el mayor lo quiere... dignaos concederme
la conversacion á solas.

MAYOR. Eso, eso, á solas. (*A Elena besán-
do en la frente.*) Vamos, hija mia, no te

—(*A Alberto.*) Hasta la vista.

ELENA. (*Aparte.*) Oh, Dios mio! dadme va-

ELENA. En efecto.

ALBERTO. La suerte de dos personas va á decidirse en este momento: la primera es una jóven dotada de los dotes mas apreciables: la segunda es un hombre que espera de ella toda su felicidad.—Pero esta felicidad quiere obtenerla sin ningun género de sacrificio, y por eso me ha comisionado en su nombre para conocer su voluntad.

ELENA. Señor Alberto.

ALBERTO. (*Con viveza.*) Nada temais, Elena, responded sin temor y sin rodeos.

ELENA. Sí, sin rodeos. (*Con esfuerzo.*) Teneis razon, Alberto, el porvenir de dos personas se decide en este momento; la primera es un hombre cuya vida entera ha sido un continuo sacrificio, á quien se admira, á quien se debería amar... la otra es una mujer que no es libre.

ALBERTO. Cielo!

ELENA. Á ese hombre todos los desgraciados le conocen... á esa mujer tenedla compasion, porque está en vuestra presencia confiando en vos.

ALBERTO. (*Dolorosamente.*) Con que amais á otro? Con que eran fundados los temores de Hermann? Tambien él debia sufrir un desencanto!

ELENA. Ah! si supierais, Alberto!—Yo no he ido á buscar al hombre que he preferido á vuestro amigo. (*Sorpresade Alberto.*) Dios le ha guiado á mi presencia, yo le ví venir en medio de la tempestad, cuando todos me abandonaban, cuando iba á perecer! Cómo habré de negarle la vida que él me dió? Ah! si yo me atreviera á deciros...

ALBERTO. Nada: no quiero saber nada mas.—Perdonadme si no pude contener un movimiento de dolor al oiros, pensé en la desesperacion de Hermann y mi corazon se estremeció.—Pero habeis cumplido con vuestro deber, yo tambien cumpliré con el mio.—Elena, hoy mismo veré al mayor, y no hablemos mas del asunto.

ELENA. Pues qué! vos mismo os encargais.

ALBERTO. El mayor habrá cifrado su felicidad en este enlace.—Si sabe que la negativa viene de vuestra parte podrá irritarse, pero siendo de la mia, no podrá reconveniros.

ELENA. Ah! cómo podré reconocer...

ALBERTO. No teneis que agradecerme nada, Hermann me manda que proceda de este modo. (*Movimiento de Elena.*) Si, previendo vres-

ESCENA IX.

ELENA, ALBERTO.

ALBERTO. Señorita: lo que el mayor acaba de decirnos, os habrá hecho conocer que tenia que comunicaros un proyecto de felicidad y de por-

tro desden ha querido ser el único que padezca... Su principal deseo es lograr vuestra felicidad aun á costa de la suya, se cumplirá su deseo.— Despues que yo haya partido, Elena, la persona de vuestra eleccion podrá presentarse sin temor, yo hallaré medio de lograr el consentimiento del mayor.

ESCENA X.

DICHOS, CARLOTA *en la puerta de la derecha.*

CARLOTA. Se puede entrar?

ELENA. Ah!

ALBERTO. Carlota! (*Dirijiéndose á ella.*) Venid.

CARLOTA. Dispensadme si os interrumpo, pero acabo de saber la llegada de la señorita de Verghen y no he podido resistir á la impaciencia que tenia de verla.

ALBERTO. Es mi prima... á quien queria presentaros hace poco.

ELENA. Señora...

ALBERTO. Tratadla como á una amiga, Elena, como á una hermana.

ELENA. Quisiera ser digna de ese título.

CARLOTA. Con que vos me tengais algun cariño, yo os tendré mucho, y así las dos... además tiempo tenemos de conocernos porque he decidido al mayor á que se quedé por algun tiempo, y espero merecer vuestra confianza.

ALBERTO. Sí, confiádselo todo, Elena, ella os guiará con sus consejos y os ayudará á vencer la oposicion del mayor.

CARLOTA. El mayor no hará mas que lo que yo le diga.

ALBERTO. Entonces pedidle que consienta en los deseos de Elena, ella os los dirá.—Os dejasolas. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ELENA, CARLOTA.

ELENA. (*Mirando á Alberto que sale.*) Digno amigo de Hermann!

CARLOTA. (*Con intencion.*) Sí, de ese Hermann que os ama... pero que no ha conseguido hacerse amar de vos...

ELENA. (*Estremeciéndose.*) Quien os ha dicho...

CARLOTA. Sin querer oí al entrar algunas palabras que me han hecho comprender...

ELENA. Cielo!

CARLOTA. Oh! no temais nada: Yo tambien sé que el corazon no se inclina á lo que admira, sino á lo que le fascina.

ELENA. Con que me disculpais?

CARLOTA. Sí, y os compadezco: os amo porque sentís como yo, porque padeceis como yo.

ELENA. Ah, señora!

CARLOTA. Llamadme Carlota: descubridme vuestro corazon; decidme; es tan difícil que el mayor acepte á la persona que habeis elegido?

ELENA. Ah! mucho me lo temo.

CARLOTA. Le conoce?

ELENA. Hoy le ha visto por primera vez.

CARLOTA. En San Gall?

ELENA. No señora: aquí.

CARLOTA. (*Estremeciéndose.*) Aquí! y no Alberto?

ELENA. No...

CARLOTA. Pues quien es entonces? Aquí hay mas hombre que Verther...

ELENA. (*Bajo.*) Es Verther.

CARLOTA. (*Dando un grito.*) Verther! (*Coje ambas manos.*) Mi marido!

ELENA. Qué decís?

CARLOTA. Desgraciada! Mi marido!

ELENA. (*Retrocediendo.*) Vuestro marido! estoy perdida!

CARLOTA. Qué está diciendo? Perdida! imposible! no es Verther... se engaña.

ESCENA XII.

DICHAS, VERTHER *por el fondo.*

VERTHER. Elena!

ELENA. Él es!

CARLOTA. (*Señalando á Verther.*) Él! Co... que... es cierto... Verther!... no... no, yo estoy loca... Es preciso que esto se aclare... (*Dirije á Verther, le toma de la mano y le lleva hácia dentro.*) Verther, responded...

MAYOR. (*Fuera.*) Aquí deben estar...

ELENA. Mi padre!

CARLOTA. El señor de Verghen! ah! yo soy libre...

VERTHER. (*Deteniendo á Carlota.*) Carlota una palabra puede perdernos á todos.

ESCENA XIII.

DICHOS, ALBERTO, EL MAYOR.

ALBERTO. Aquí están.—Señoras, el mayor os buscaba.

MAYOR. (Con alegría.) El desayuno está ser-
ido, señoras.

ELENA. (Aparte á Verther.) Quiera hablarte, Verther.

CARLOTA. (Aparte al otro lado.) Verther: en
esta sala, dentro de una hora.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA *entra agitada por el fondo.*

Por fin estoy sola! ah! no podia sufrir por
as tiempo las miradas de mi padre, las pre-
ntas de Alberto: aquí á lo menos, nadie me
, nadie me oye, aquí puedo dejar de con-
nerme. (Se sienta.) Dios mio! con qué es-
rdad! Verther es casado... ah! todavía estoy
eyendo que soy presa de un horrible sueño.
sado! casado! (Se cubre el rostro con las
manos.)

VERTHER. (con desesperacion.) No digas eso
Elena, no digas eso, conozco que la razon me
abandona... tú, perdida por mi culpa, no, es
imposible, yo te salvaré, cuéstemelo que me
cueste, pero respóndeme. epa al menos que
no me aborreces.

ELENA. Aborreceros! Debía.

VERTHER. No, Elena, no, porque yo te amo
mas que á todo en el mundo. Ah! tu no pue-
des aborrecerme porque todo lo he olvidado
por tí. Si quieres que viva, me perdonarás. Ele-
na. Pero en nombre del cielo! háblame, di una
sola palabra que me tranquilize... una mirada...
Elena! tiemblas! lloras! (con un grito de ale-
gría.) Ah! todavía me amas.

ELENA. Verther!

VERTHER. Tu me amas! aun seremos felices,
el mundo puede rechazarnos, pero á lo menos
seremos el uno del otro.

ELENA. Cómo?

VERTHER. Escucha: tú, solo debes temer la
cólera de tu padre, y las reconvenciones de
un corazon despedazado... Salgamos de esta at-
mósfera de deshonra y remordimientos, —hu-
yamos hoy mismo.

ELENA. (retrocediendo.) Qué decis?

VERTHER. Es el único medio para salvarnos.
Solo nuestro amor nos queda, pues bien, sea
esta nuestra riqueza y nuestro consuelo, fuera
de aquí nadie vendrá á colocarse entre noso-
tros, la soledad nos pertenecerá y seremos re-
yes de nuestra vida.

ELENA. (alejándose temblando.) Callad, Ver-
ther, callad, no quiero escucharos, vuestra
voz me fascina, vuestra mirada me turba, no
me atrevo á tomar una resolucion...

VERTHER. Y á que has de resolverte si no á
salvar el resto de nuestras esperanzas!

ELENA. Abandonar á mi padre! es imposible.

VERTHER. Y si el mismo te rechaza?

ELENA. Ah!

VERTHER. (cojiéndola de la mano.) No sa-

ESCENA II.

ELENA, VERTHER *al fondo, muy agitado.*

VERTHER. Ella es.

ELENA. Verther!

VERTHER. (cerrando la puerta del fondo.)
Por fin logré salir de allí. Es preciso que me
vayas.

ELENA. Y qué me direis para justificar vues-
tro engaño?

VERTHER. Elena!

ELENA. Por qué no me dijisteis la verdad?
Por qué no me hablasteis de vuestro aislamiento, de
vuestra tristeza, creía vuestras palabras, confié
en vuestro honor... en vuestro amor... y todo
era mentira!

VERTHER. Oh! no, Elena, ámame, pon en
cuenta mi virtud, pero no creas que era men-
tira mi amor. Desde el primer momento en que
te vi, no fui dueño de mi voluntad, sentí que
mi corazon se unía al tuyo, tuve necesidad de
verte, de oírte, y no queria engañarte. Sábelo
tú! Mil veces los remordimientos me han
estado lejos de tí, y corrí á decírtelo todo,
pero al verte, sentia que una nube encantada
me circundaba y no podia hablarte mas que
de mi amor.

ELENA. (con dolor.) Y yo creí que podia acep-
tar y esa confianza me ha perdido.

bes que aquí todos son enemigos nuestros?

ELENA. Es verdad. Dios mio!

VERTHER. Piensa Elena que la menor tardanza puede perdernos y separarnos para siempre... responde por Dios, responde.

ELENA. Verther!

VERTHER. Consientes, no es verdad? consientes.

ELENA. Pues bien. Si, es preciso...

VERTHER. Viene gente.

ELENA. Dios mio! será mi padre? como huiré de él?

VERTHER. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Por aquí. (*Vase Elena por la izquierda, Verther cierra la puerta, Carlota abre la del fondo.*)

ESCENA III.

VERTHER, CARLOTA.

VERTHER. . (*al verla.*) Carlota!

CARLOTA. No debeis estrañar mi presencia puesto que os tenia pedido una entrevista.

VERTHER. No lo he olvidado.

CARLOTA. Con qué os dignareis oirme?

VERTHER. Hablad señora.

CARLOTA (*se acerca, hace un esfuerzo y dice.*) Yo venia... vengo... yo. . (*Las lágrimas ahogan su voz.*) Dispensadme si mi espíritu se turba, si las palabras me faltan... hubiera deseado tener mas fortaleza... pero ay! no puedo. .

VERTHER. Sé que reconvenciones podeis hacerme...

CARLOTA. No os hago ninguna!... no: hace una hora el exceso de la sorpresa y del dolor pudo mas que yo, entonces no hubiera podido hablar sin dar gritos de desesperacion, de indignacion... pero ahora, ya he vuelto á la razon... ya he comprendido que vuestro cruel abandono tal vez seria un castigo justo... y por eso he venido, no á acusaros, sino á preguntaros que es lo que yo he hecho que he merecido perder vuestro amor.

VERTHER. Qué estais diciendo?

CARLOTA. Ya sé que no basta el cariño mas acendrado para proporcionar una continua felicidad: tal vez he carecido de toda la expresion, de toda la paciencia y pasion que vos deseabais... os engañé sin querer! Si es así decídmelo con franqueza, probadme que yo he tenido la culpa... sepa yo que mi pena es me-

recida... porque mas que mi felicidad deseo justificarme con vos.

VERTHER. (*muy conmovido.*) Carlota!

CARLOTA. Responded con libertad Verther yo procuraré oiros con calma... responded... ya os escucho. (*se deja caer en el sillón.*)

VERTHER. (*con una emocion que no pueda dominar.*) ¿Porqué me hablas así, Carlota... y hubiera podido sufrir tu cólera, tu desesperacion pero no esa humilde resignacion... Carlota... perdóname. (*Caer á sus pies.*)

CARLOTA. Qué haceis?

VERTHER. Quieres que te acuse cuando solo debo bendecirte.

CARLOTA. (*levantándose.*)-Conque es verdad coaque vuestro corazon nunca me ha reconvenido?

VERTHER. (*que tambien se ha levantado.*) Nunca!

CARLOTA. Nunca! (*con impetu.*) y sin embargo ya no me amais? entonces como os disculpais: la felicidad que tanto anhelabais sin la cual no podiais vivir, Dios os la dió contra todaesperanza, y apenas la obtuvisteis cuando cesó de agradaros: aceptasteis el sacrificio de Alberto para inutilizarle.

VERTHER. (*con amargura.*) Alberto! al maldito sea el dia que impidió mi muerte.

CARLOTA. Qué decis?

VERTHER. (*con amargura y una violencia que va en aumento.*) Si, sus desvelos, los vuestros, conservaron mi vida y me encontré encadenado por un juramento. ¿Por qué no me dejasteis entonces dormir entre mis primeras ilusiones juveniles, por qué me sacasteis del sepulcro á donde descendia sin remordimiento para arrojarme entre las tentaciones y azares de la vida? no sabiais ya que yo era uno de esos desgraciados que se cansan hasta de la felicidad; con una voluntad ardiente como llama, pero que se apaga como ella, dejando su paso solamente cenizas!

CARLOTA. Ah!

VERTHER. Sé yo por ventura, porque ha cambiado mi alma? porque lo que me colmaba de alegría insensiblemente se ha trocado en tristeza? Ah! yo no os he hablado de lo que estoy sufriendo hace dos años.

CARLOTA. Y yo Verther! os he hablado tan poco de mis penas? Tambien yo hace dos años que en vano quiero volver á encontrar la entrada de ese corazon cerrado; que ahogo mis lágrimas, último consuelo de los desesperado

cuando es preciso una mirada, una sonrisa. — Insensata! no sabia que las miradas se dirijian á otro lado, que las sonrisas eran para otra! que mientras yo esperaba con toda la incertidumbre de la esperanza que me pagariais un cariño que no habia merecido perder... vos me vendiais, me vendiais villanamente!

VERTHER. Pues bien! á que tanto padecer! Bendigo la desgracia que ha abierto vuestros ojos. Puesto que yo soy para vos una causa de dolor y que en adelante mi presencia os atormentaria, la vuestra me reconvendria; no pronoguemos un suplicio que hemos sufrido demasiado. — Aun es tiempo, señora. — Separémonos.

CARLOTA. Separémonos! que habeis dicho! Separémonos!

VERTHER. (*Haciendo un esfuerzo.*) Si.

CARLOTA. Ah! eso era lo que vos deseabais. Os habeis acusado para poder romper con mas seguridad. Entrabais humilde por que temiais que os perdonase...

VERTHER. No imagineis...

CARLOTA. Basta: habeis dicho una palabra que será la última entre nosotros dos. — Ya vais libre.

VERTHER. Carlota!

CARLOTA. Id á decirselo á la que amais. Marchad. (*Vase Verther.*)

ESCENA IV.

CARLOTA sola.

Si!... separados! es preciso... porque ya no le ama! nunca me ha amado. — Oh! corazón, como no te despedazas... Ya no lloraré; la indignacion suplirá al valor.

ESCENA V.

CARLOTA, EL MAYOR *que entra con los brazos cruzados y pensativo.*

MAYOR. (*Viéndola.*) Ah! iba á preguntar por vos señora.

CARLOTA. Por mí!

MAYOR. Si; tenia que hablaros; tenia que pedir un favor.

CARLOTA. Cómo?

MAYOR. Tal vez os asombre la libertad que yo tomo con vos porque apenas hace dos horas que nos conocemos... pero hay casos en que la confianza es como la amistad, viene de repente... y á vos no tengo inconveniente en decir...

CARLOTA. Vais á confiarme alguna cosa?

MAYOR. Ya sabeis que esta mañana hablando con vos de mi hija os participé cierto proyecto de matrimonio, pues bien, despues he visto á Alberto! ya no hay que pensar en la boda. — Debía de suspenderlo todo en nombre de Hermann.

CARLOTA. Alberto!

MAYOR. Primeramente no quiso entrar en especulaciones, pero yo le obligué á que me escuchara y me respondiese; y al fin, al cabo he

descubierto que el obstáculo venia por parte de mi hija... porque amaba á otro.

CARLOTA. Ah!

MAYOR. Cuando lo descubrí no pude dominar el primer movimiento de la cólera — Pero Alberto me detuvo... y echó mano para apaciguarme de todo lo que le inspiró su generosidad y su indulgencia — Cedi por fin prometiéndole interrogar á Elena con calma y obtener de ella una completa confesion

CARLOTA. Vos? (*Sale Elena.*)

MAYOR. Pero no sé porque, cuando quise cumplir mi promesa... desconfié de mi mismo. Temí preguntar mal á mi hija, y asustarla; en fin vengo á rogaros que la habéis vos.

CARLOTA. Que decis?

ELENA. Ah!

MAYOR (*Volviéndose al grito de su hija.*) Elena! estabas ahí... escuchándonos.

ELENA. Acababa de entrar.

MAYOR. Y has oido lo que estaba diciendo á esta señora...

ELENA. Padre...

MAYOR. (*Conteniendo su cólera.*) Acercaos y responded... no á mí, que tal vez no podria oirte con paciencia, si no á la señora que te escucha — Dila como se llama el hombre que prefieres á Hermann.

CARLOTA. A mí? oh! no, á mí no... no quiero oirle.

MAYOR. Entonces vos le conoceis. Hablad — su nombre.

CARLOTA. Vuestra hija os lo dirá — si se atreve á pronunciarle. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EL MAYOR, ELENA.

MAYOR. Si se atreve. Pues qué, te deshonraria decirle? Habla.

ELENA. Padre! padre mio!

MAYOR. Quiero saber quien es.

ELENA. Es imposible.

MAYOR. Imposible! Cuando hace poco me habló Alberto, comprendí que no podriais ser sino del hombre que habeis elegido... que de ese matrimonio dependia vuestro honor... Vuestra emocion prueba que imaginé la verdad... y no quereis decirme el nombre de ese hombre — Está infamado!

ELENA. Oh! no, no lo está.

MAYOR. Entonces porque no quieres decirme quien es? — Tu deshonra ha de ser borrada ó vengada — Quiero saber su nombre sea cual fuere — lo oyes? (*La coge de la mano.*)

ELENA. No puedo.

MAYOR. (*Fuera de sí*) Mi paciencia se acaba, no soy dueño de mi cólera. (*Arrastrándola al proscenio.*) Hablarás?

ELENA. No puedo; no puedo.

MAYOR (*Levantando las dos manos.*) Desgraciada!

ELENA. (*Cayendo de rodillas.*) Perdon! perdon, padre mio!

MAYOR. (*Echándose atrás.*) Idos, Elena, idos — ó no respondo de mí. (*Elena se levanta y se*

á salir.) Pero escuchad bien lo que voy á deciros. — Si no podeis pronunciar ese nombre os será mas facil escribirlo.

ELENA. Como?

MAYOR (Señalando á la izquierda.) Entrad en ese cuarto! yo iré á él dentro de un momento... y si persistis en callar.. entonces!... entonces... yo mismo buscaré al culpable que no habeis querido darme a conocer — y mataré al primero de quien sospeche.

ELENA. Cielo!

MAYOR. Si es inocente Dios me perdonará y su sangre caerá sobre vos — Id.

(Elena entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA VII.

EL MAYOR solo.

Si, no tardaré en vengarme. — Dentro de una hora parto á San Gall. Allí ha vivido ella; y allí encontraré al que busco — Pero para vengar mi injuria necesito un amigo, un testigo. — Alberto!... no: seria un obstáculo, trataria de reconciliarnos y eso es imposible — no quiero que sepa nada... pero á quien me dirigiré?

ESCENA VIII.

EL MAYOR pensativo, VERTHER entra sin verle.

VERTHER. (Ap.) Ya habrá dado Fritz mi carta á Elena... con tal que no vacile.

MAYOR. (Viendo.) Ah! vos, Verter, vos

VERTHER. Que deciais?

MAYOR. Dos palabras: ¿no es verdad que hay ocasiones en que puede uno hacerse justicia á si mismo de los crímenes de honor que la ley no castiga y que un hombre de corazon debe vengar?

VERTHER. (Turbado.) Porque me decis eso MAYOR. Responded.

VERTHER. Quien lo duda?

MAYOR. Pues bien; yo tengo que vengar uno de esos crímenes — necesito un testigo queis serlo mio?

VERTHER. Yo?

MAYOR. Os negareis por ventura?

VERTHER. Ah! pero no podeis explicarme...

MAYOR. Todo lo sabreis despues: por ahor segnidme á San Gall; vuestras armas me servirán. (Alberto aparece á la puerta del fondo. Están ahí: las he visto.

VERTHER. (deteniéndose.) Esperad; yo mismo iré á buscarlas — aguardadme un momento.

MAYOR. Bien. (Va á tomar el sombrero de la mesa de la izquierda.)

ALBERTO. (Deteniendo á Verther en el fondo sin ser visto ni oido por el mayor) Mentís.

VERTHER. Alberto!

ALBERTO. Vais á reuniros con Elena que debia estar esperándoos para huir...

VERTHER. Quien os ha dicho...

ALBERTO. (Enseñando la carta.) Esta carta que he cogido á Fritz.

VERTHER. Oh! silencio por Dios!

MAYOR. Qué es eso? qué sucede?

ALBERTO. Sucede, mayor, que yo saqué á un hombre toda la felicidad de mi vida, y que ese hombre, no contento con haberme condenado á un eterno aislamiento ha huido en el corazon á Hermann, á Carlota, todos los que yo amaba. — Vos queréis un testigo para un duelo á muerte: yo quiero serlo!

VERTHER. (Ap.) Alberto.

MAYOR. Es posible!

MAYOR. Además no queriais saber quien es el que ha deshonrado á vuestra hija?

MAYOR. Si.

ALBERTO, (Señalando á Verther.) Miradle

ACTO TERCERO.

Decoracion parecida á la del prólogo.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, FRITZ.

ALBERTO. Conque la señorita Elena no ha salido de su cuarto?

FRITZ. No señor.

ALBERTO. Y la señora tambien está encerrada en el suyo?

FRITZ. Tambien, está escribiendo.

ALBERTO. Bien, idos. (Vase Fritz.) Que sucederá — ah! no puede suceder nada bueno.

ESCENA II.

EL MAYOR, ALBERTO.

ALBERTO. (Dirigiéndose á él.) Y bien, mayor?

MAYOR. Ya está todo arreglado y yo estoy pronto.

ALBERTO. Aun no ha llegado el momento.

MAYOR. No, ya sé que mi adversario ha ido al pueblo vecino á buscar un testigo.

ALBERTO. Y dentro de una hora los dos estarán en el ventisquero viejo.

MAYOR. Yo tambien estaré: pero antes escuchadme, amigo, tal vez me quedan pocas

stantes de vida... en este duelo puede laerte declararse contra mí.

ALBERTO... Entonces os vengaré.

MAYOR. (*Vivamente.*) No, de ningún modo. persistireis en esa resolución, es preciso que vais,

ALBERTO. ¿Para que quiero la vida? no perdido en el mundo todo lo que daba vanidad y paciencia á Carlota que ya no puede vivir, á Hermann, á quien acabo de escribir y que cuando reciba mi carta saldrá de Alemania para siempre! ¿para quien he de vivir en adelante?

MAYOR. Para una pobre huérfana á quien le guardo mas amparo en el mundo que á los otros.

ALBERTO. Elena?

MAYOR. Vos la habeis defendido, vos la habeis disculpado! me habeis pedido su perdón— sin mi alma se ha conmovido, quizá no la volveré á ver, estinguióse mi cólera, y solamente pienso en su deshonra, en el abandono en que queda cuando yo deje de existir.—Alberto, defendidla, protegidla vos, en nombre de nuestra amistad, en nombre de Hermann.

ALBERTO. De Hermann! ah! tenéis razón! si, yo tengo que cumplir ese deber... él quiere que Elena sea feliz, yo tengo que cumplir su deber.

MAYOR. (*Con alegría.*) Conque me prometéis ser el protector de mi hija?

ALBERTO. Os lo prometo, mayor; todo por la persona que Hermann ha amado, nada por el nombre, y si es necesario justificar mi protección á los ojos del mundo — lo haré, mayor... y en nombre de mi nombre solo pediré á Elena, la custodia de una hermana.

MAYOR. (*Abrazándole.*) Ah! amigo mio! hincado... Dios no nos abandona puesto que me ha dado tal amigo en vos: ahora... ah! ahora quisiera desear que me fuera contraria la suerte. (*Movimiento de Alberto.*) Pero la hora está tocada... Me prometisteis traer armas.

ALBERTO. (*Señalando el cuarto de la derecha.*) Están ahí.

ALBERTO. Id por ellas... yo os esperaré. (*Carlota aparece en lo alto de la escena.*)

ALBERTO. Bien: al instante voy. (*Entra en el cuarto de la derecha, el mayor se va por el fondo.*)

ESCENA III.

CARLOTA.

¿Por qué no ha llegado la hora: Verther está aquí: puedo volver á mirar este aposento. Ah! que recuerdos! esta sala que quisiera parecerse á la de la casa de mi tía... esta era por la que le veía hajar: todo me recuerda un tiempo que quisiera olvidar, si, todavía habia este cofrecito que me regaló Verther cuando tenia reunidos sus primeros regalos. Flores! cartas! Recuerdos encantadores de un pasado lleno de esperanzas, y del que no quiero mas que penas. (*Con dolor.*) No, nada de esto me pertenece, nada quiero conservar. (*Se acerca á la ventana*) llévase el torrente que corre al pié de esta ventana estos testi-

monios de esperanza y ventura como el tiempo se ha llevado la ventura y la esperanza. (*Va arrojando al torrente las flores y las cartas unas tras otras mirándolas antes.*) Id, prendas de un amor estinguido recuerdos de una felicidad pasada, últimos simbolos de mis encantos juveniles, id donde va en este mundo, todo lo que es bello, todo lo que es tierno — adiós por la última vez. (*Arroja el cofrecito y se queda con la frente apoyada en la pared.*)

ESCENA IV.

CARLOTA, ALBERTO sale del cuarto de la derecha con una caja de pistolas.

CARLOTA. (*Viéndole.*) Alberto! que es lo que llevais ahí.—ah! (*Alberto quiere ocultar la caja.*) Todo lo he visto, el mayor os espera?

ALBERTO. Si.

CARLOTA. Y los dos vais á reunirlos con Verther... No me engañeis, todo lo he adivinado.

ALBERTO. Entonces Carlota, no me preguntéis nada.—Dejadme cumplir mi misión.

CARLOTA. Oídme antes.

ALBERTO. Carlota!

CARLOTA. (*Interrumpiéndole.*) Oh! no temáis que os atormente con simplezas — serian inútiles... lo sé. (*Con amargura*) Habeis decidido que la desgracia que nos hiere solo pueda detenerse con la violencia, que es preciso que el llanto se mezele con sangre: — no apelaré á su decreto — pero antes de que se cumpla quiero hablar al mayor.

ALBERTO. Vos!

CARLOTA. Decidle que no verá correr mis lágrimas, que no le suplicaré nada, que solo deseo una conversacion tranquila y corta.

ALBERTO. Pero no puedo comprender...

CARLOTA. Vos nos acompañareis Alberto, vos sabreis lo que deseo... ahora acceded á mi ruego — obtened esa entrevista.

ALBERTO. Os lo prometo Carlota.

CARLOTA. (*Apretándole la mano.*) Entonces aquí os espero... Id, amigo mio. (*Vase Alberto por el fondo*)

ESCENA V.

CARLOTA, sola, se dirige á un reclinatorio que hay á la derecha y se arrodilla.

Solo deseo tener fuerza bastante para esta conversacion... y luego... vos tendreis compasion de mi. Dios mio... porque conoceis que pronto dejaré de padecer.

ESCENA VI.

ELENA (*por el fondo.*) CARLOTA.

ELENA. (*Viendo á Carlota.*) Sola está! vamos. (*se adelanta hácia Carlota que la ve y se levanta.*)

CARLOTA. Que veo! vos aquí!

ELENA. Hablad bajo por Dios, señora.

CARLOTA. Que venís á buscar aquí? que queréis?

ELENA. Que me escuchéis.

CARLOTA. No lo esperéis de mí. (*Se dirige á la escalera.*)

ELENA. Señora, yo os lo ruego.

CARLOTA. Dejadme.

ELENA. Por mí, señora, os lo suplico, por vos misma — por Verther.

CARLOTA. (*Deteniéndose.*) Os atreveis á pronunciar ese nombre en mi presencia?

ELENA. Es el único que podría deteneros. (*con energía.*) es preciso que me oigais señora, es preciso.

CARLOTA. Esto mas, Dios mio' hablad.

ELENA. Podria justificarme: Cuando la casualidad hizo que encontrase al hombre que nunca hubiera debido conocer, ignoraba que su nombre pertenecia a otra: cedí á un fascinamiento que vos misma experimentasteis, pero á nada conducen esas lágrimas: criminal ó desgraciada, yo he sido rival vuestra, yo os he quitado la tranquilidad, quiero devolvérosela.

CARLOTA. Qué decis?

ELENA. Si no fuera por mí, todo tal vez se arreglaría: vos podriais olvidar, mi padre renunciar á una venganza ya inútil... yo soy la que hace imposible vuestra union y el perdón de mi padre.

CARLOTA. Y bien!

ELENA. (*Con resolucion.*) Señora, no quiero por mas tiempo suplicar la tranquilidad de todos.

CARLOTA. (*Dando un grito.*) Ah! quereis morir!

ELENA. (*Con voz sombría.*) Si, morir para que los demas puedan vivir... y olvidarme.

CARLOTA. (*Mirándola.*) Y... porque me confiais este proyecto?

ELENA. Porque vos únicamente podreis ayudarme á cumplirle: si mi padre sabe que mi muerte es voluntaria acusará al que la ha motivado querrá, vengarla como hubiera vengado mi vida... es preciso que no llegue á saber la verdad.

CARLOTA. Cómo?

ELENA. Si, Alberto negará que mi muerte ha sido natural, mi padre no sospechará, y no caerá sobre mi memoria la mancha del suicidio.

CARLOTA. (*Estremeciéndose.*) Ah!

ELENA. Vos únicamente podeis obtener de Alberto esa promesa señora, y por eso he venido... Ah! suceda lo que suceda, mi resolucion está tomada, y la llevaré á cabo: si mi vida ha sido para todos causa de desventura y discordia, pueda mi muerte consolaros: no me negueis este último deseo, os lo pido á vuestros piés.

CARLOTA. Es eso todo lo que teniais que pedirme?

ELENA. Todo? no señora — aun me queda que hacer os otra súplica — Cuando todo va á concluir para mí, no conserveis en vuestro corazon odio ni rencor; Deseo una mirada, una sola palabra, que diga que perdonais á la que va á morir. (*Se arroja á sus piés.*)

CARLOTA. Morir, vos, jóven, hermosa y amada — ah! no os toca á vos morir.

ELENA. Cómo?

CARLOTA. Levántate hija mia y mirame.

ELENA. Señora. (*Aparecen al fondo Alberto y el Mayor.*)

CARLOTA. Tu estabas resuelta á salvar á toda costa la vida y la felicidad de Verther?

ELENA. Sí.

CARLOTA. Pues bien... lo que tu querias hacer... yo... yo lo he hecho ya.

ELENA. Qué estais diciendo?

CARLOTA. No has visto lo que estaba sufriendo cuando tu me hablabas...

ELENA. Y bien!

CARLOTA. Era... eran los dolores del venen

ELENA. Ah!

ALBERTO. (*Mostrándose.*) Dios mio!

MAYOR. (*Id.*) Cielo!

CARLOTA. Alberto!

ALBERTO. (*Corriendo á Carlota*) ¿Que habeis dicho, Carlota?

CARLOTA. (*Facilante.*) La verdad.

ALBERTO. Oh! no — no, yo olvidaré (*Verther aparece al fondo.*)

CARLOTA. Está de Alberto — yo voy á morir

VERTHER. (*Corriendo á ella.*) ¿Que oigo Carlota!

CARLOTA. (*Dando un grito de alegría.*) Verther! Dios mio! le vuelvo á ver!

VERTHER. (*Tomándola en sus brazos.*) Carlota! he oido mal... no es verdad — Carlota! ah! socorro, socorro! (*La sienta y se dirige á Alberto.*)

CARLOTA. Es inútil.

VERTHER. (*Volviendo á Carlota.*) Inútil!

CARLOTA. Era un obstáculo á vuestra felicidad — Ya no le hay.

VERTHER. (*Cogiéndola de la mano.*) Carlota! Carlota!

CARLOTA. No llores porque muero, Verther ceso de padecer.

VERTHER. Carlota!

CARLOTA. Valor! (*Hace un esfuerzo para vantarse*) Dame tu mano — Sostenme... Quiero hablar al señor de Verghen... Donde está?

MAYOR. A mí?

CARLOTA. Ya lo veis, mayor — ese duelo inútil puesto que todo puede repararse — Juradme que no os batireis.

MAYOR. Pero...

CARLOTA. Negareis el deseo de un moribundo?

MAYOR. Ah! lo juro.

CARLOTA. Gracias... Verther! Verther mi sé feliz... no pienses nunca en mí... Verther dame tu mano... Adiós... adiós Verther.

Todos Ah! (*Cae muerta.*)

VERTHER. (*Frenético.*) Carlota! una palabra... Carlota... no me oye! oh Dios mio inmóvil... muerta! muerta! (*Cae de rodillas junto al cadáver.*)

ALBERTO. (*A Elena.*) Venid y no desespereis, aun os queda el porvenir.

VERTHER. (*Levantándose.*) Ah! no me abandonéis, no me abandonéis, Alberto (*Con desesperacion*) Y á mí que me queda?

ALBERTO. (*Señalando al cadáver.*) Los vuestros! (*Verther dá un grito y vuelve á caer de rodillas junto al cadáver, mientras Alberto toma la mano de Elena y sale con ella y mayor.*)

FIN DEL DRAMA. — Es propiedad del editor de las Joyas del Teatro.

Obras publicadas en la biblioteca dramática :

JOYAS DEL TEATRO.

TÍTULOS.	ACTOS.	TÍTULOS.	ACTOS.	TÍTULOS.	ACTOS.
Cárlas VH entre sus vasallos	5	Vifredo el Velloso.	4	Ntra. Señora.	
Los Quid-pro-quos	1	Las cuatro barras de sangre.	4	Corona y tumba.	
Matilde.	5	El Judío errante.	6	Maria ó la hija de un jornalero.	
Un corazon de muger.	3	Amarguras de la vida.	5	Es un loco!...	
El conde de Monte-Cristo,		El Libro Negro.	6	D. Lope de Vega Carpio.	
1. ^a parte.	4	El castillo del Diablo.	5	Los siete castillos del diablo	
El Conde de Monte-Cristo,		Julietta y Romeo.	3	La última conquista.	
2. ^a parte.	4	Conde, ministro y lacayo.	4	Quebrantos de amor.	
El Hijo del Diablo.	8	El conde de Monte-Cristo.			
Dieguiyo pata de Anafe.	1	(nuevamente arreglado).	4		
Los libertinos de Ginebra.	9	Los espósitos del puente de			

El editor á las empresas teatrales.

Las *Joyas del Teatro* cuentan ya con un número regular de producciones, y el éxito favorable obtenido por algunas de ellas en los mas principales teatros, es la mejor garantía de su mérito. Animado por lo mismo el editor al ver la creciente nombradía de su biblioteca trata de proporcionarla todo el impulso posible y de no perdonar medio alguno para su mayor lustre y de no despreciar ventaja que pueda ser útil á los teatros que se dignen honrarle con su cooperacion.

Por toda la presente temporada, es decir, hasta fin de Junio de 1850. (segun el real decreto vijente) solo se exijirán SEISCIENTOS REALES á los teatros de la Cruz y Circo de Madrid, Santa Cruz y Liceo de Barcelona; Principal y San Fernando de Sevilla; Principal de Cádiz y al de Valencia, que segun el mismo decreto son de primer orden; CUATROCIENTOS al Instituto de Madrid y á los de Coruña, Granada, Málaga, Palma, Valladolid y Zaragoza, son los de segundo orden; y DOSCIENTOS á los restantes que son los de tercer orden.

Esta cantidad podrá, si la empresa lo juzga mas ventajoso, ser satisfecha en dos plazos. La mitad en el acto de suscribirse, la otra mitad en 1.^o de Enero de 1850.

En cambio, el editor ofrece solemnemente tener en su biblioteca un número de cinco producciones, lo menos, antes de terminar la temporada.

A las empresas que se suscriban antes de terminarse el presente año, les será remitido franco un ejemplar de cada una de las producciones que vean la luz.

Los teatros que, sin estar suscritos, pongan en escena cualquiera de las obras de las *Joyas del Teatro*, satisfarán CIEN REALES, ya sea produccion dramática en uno ó mas actos sea orijinal ó traducida.

Como se ve, no pueden ser las anteriores condiciones mas benéficas para las empresas de teatro. Los corresponsales del editor quedan autorizados para cerrar el trato, no apartándose de lo dicho. El editor renuncia á las ventajas que la ley le concede.

Las obras que sucesivamente verán la luz, sin perjuicio de intercalarlas con las que oportunamente adquiera, son las siguientes, algunas de ellas debidas á aplaudidos escritores de corte.

DRAMAS Y COMEDIAS.

<i>La fé, la esperanza y la caridad</i> , traduccion. En 1830, original.	<i>Al toque de oracion!</i> original en verso.	<i>La hija de la favorita</i> , traduccion.
<i>La duquesa</i> , original en verso.	<i>Elzear Chalamel</i> , traduccion.	<i>Celos, despecho y amor</i> , original en verso.
<i>La escuela de las familias</i> , traduccion en verso.	<i>Las Hijas del Doctor</i> , traduccion.	<i>Pobre porfiado saca mendrugo</i> original.
<i>Leonardo el peluquero</i> , traduccion.	<i>Los estudiantes</i> , traduccion.	<i>Y á mí que me cuenta</i> original en verso.
	<i>Los borceguies del rey moro</i> , original en verso.	

PIEZAS.

<i>En el dote está el busilis</i> , original en verso.	<i>Un cuarto con dos puertas</i> , traduccion.
<i>Un poema desgraciado</i> , original en prosa.	<i>Un viernes</i> , traduccion.

Todas las citadas producciones están ya en poder del editor, sin que se cuenten en el número las que autores conocidos de Madrid y Barcelona le están escribiendo y traduciendo por encargo particular.

Ninguna obra publican las *Joyas del Teatro* que no sea revisada por un comité de literatos acreditados que han tenido á bien admitir el encargo que les ha hecho el editor de visar y darle su parecer acerca las producciones que se le remitan.

Ningun manuscrito admitirá el editor que no venga franco de porte.